

XXV Domingo del Tiempo Ordinario

El Hijo del hombre va a ser entregado... Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos
(Mc 9,30-37)

ANTÍFONA DE ENTRADA

Yo soy la salvación del pueblo – dice el Señor –. Cuando me llamen desde el peligro, yo les escucharé y seré para siempre su Señor.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que has puesto la plenitud de la ley en el amor a ti y al prójimo; concédenos cumplir los mandamientos para llegar así a la vida eterna.

PRIMERA LECTURA (Sb 2,12-17.20)

Lo condenaremos a muerte ignominiosa

Lectura del Libro de la Sabiduría

Se dijeron los impíos: «acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada; declara que conoce a Dios y se da el nombre de hijo del Señor; es un reproche para nuestras ideas y sólo verlo da grima; lleva una vida distinta de los demás y su conducta es diferente; nos considera de mala ley y se aparta de nuestras sendas como si fueran impuras; declara dichoso el fin de los justos y se gloria de tener por padre a Dios. Veamos si sus palabras son verdaderas, comprobando el desenlace de su vida. Si es el justo hijo de Dios, lo auxiliará, y lo librá de los poderes de sus enemigos; Lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura, para comprobar su moderación y apreciar su paciencia; lo condenaremos a una muerte ignominiosa, pues dice que hay quien se ocupa de él.»

SALMO RESPONSORIAL (Sal 53)

R/. El Señor sostiene mi vida

Oh Dios, sálvame por tu nombre,
sal por mí con tu poder.

Oh Dios, escucha mi súplica,
atiende mis palabras. **R/.**

Porque unos insolentes se alzan contra mí,
y hombres violentos me persiguen a muerte,
sin tener presente a Dios. **R/.**

Pero Dios es mi auxilio,
el Señor sostiene mi vida.

Te ofreceré un sacrificio voluntario,
dando gracias a tu nombre, que es bueno. **R/.**

PRIMERA LECTURA (St 3, 16-4, 3)

Los que procuran la paz, están sembrando la paz; y su fruto es la justicia

Lectura de la carta del apóstol Santiago

Queridos hermanos: Donde hay envidias y rivalidades, hay desorden y toda clase de males. La sabiduría que viene de arriba, ante todo es pura, y, además, es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante y sincera. Los que procuran la paz están sembrando la paz, y su fruto es la justicia. ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de los deseos de placer que combaten en vuestro cuerpo? Codiciáis y no podéis tener; acabáis

asesinado. Ambicionáis algo y no podéis alcanzarlo nada; así que lucháis y peleáis mal, para derrocharlo en placeres.

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (2 Tes 2,14)

R/. Aleluya, aleluya

Dios nos llamó por medio del Evangelio, para que sea nuestra la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Mc 9,30-37)

El Hijo del hombre va a ser entregado... Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos
Lectura del Santo Evangelio según San Marco

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se marcharon de la montaña y atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará». Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaúm, y una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutáis por el camino?» Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.» Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como éste en mí, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado»

Se dice «Credo»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta propicio, Señor, las ofrendas de tu pueblo, para que alcance en el sacramento eucarístico los bienes en que ha creído por la fe.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Sal 118,4-5)

Tú Señor, Promulgas tus decretos para que se observen exactamente; ojalá esté firme mi camino para cumplir tus consignas.

o bien (Jn 10,14)

Yo soy el buen Pastor, que conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen.

LECTIO

El Evangelio nos presenta a Jesús en camino atravesando la región de Galilea. **Una travesía durante la cual Jesús intensifica la enseñanza a sus discípulos**, a su comunidad itinerante, continuando a anunciarles la necesidad de su pasión y muerte. Como ya había dicho al inicio del viaje, a Cesarea de Filippo (cf. Mc 8,31), aquí reitera: “El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y lo matarán; pero, una vez asesinado, después de tres días resucitará”; y lo hará después por tercera vez (cf. Mc 10,33-34).

El Evangelio de hoy nos presenta claramente dos relatos. En el primero Jesús hace alusión al cumplimiento de su misión en la tierra. Y en el segundo, a partir de ciertos comportamientos de sus discípulos, Jesús da una enseñanza acerca de la verdadera grandeza.

Jesús camina con sus discípulos, y como buen maestro, les iba enseñando por el camino. Les insinúa que deberá morir en manos de los hombres, pero que también resucitará al tercer día. Jesús les habla de cosas inevitables, de vida de muerte, les está contando a sus mejores amigos que dentro de poco tiempo lo matarán. Está con los de más confianza, pero se da cuenta que no lo escuchan, se

desinteresan de la tragedia que caerá sobre su maestro y amigo, todos afanados solo por la competición sobre quién es el más grande entre ellos.

El domingo anterior el Evangelio (Mc 8, 27-35) nos presentaba a Jesús pronunciando estas mismas palabras. Pero no por ser el segundo anuncio de la pasión significa que sus discípulos esta vez hayan comprendido mejor, o entendido correctamente. Al contrario, no solo no comprendían, sino que tampoco se animaban a preguntar de qué se trataban estas palabras, ni qué sentido tenían. Podemos suponer que no se trata de falta de interés por parte de los discípulos al no preguntar, sino más bien el temor a demostrar ignorancia ante una pregunta paradójica, o por el solo hecho de querer evadir todo lo que implica hablar de cruz y de dolor, como muchas veces nos puede suceder a nosotros. Como Pedro en el primer anuncio (cf. Mc 8,32-33), aquí todos los discípulos se niegan a comprender las palabras de Jesús y, cerrados en su ceguera, ni siquiera se atreven a preguntarle. Acontece también en nuestra vida que hay temas de los cuales decimos: “mejor no hablar”.

Llegando a casa en Cafarnaúm, Jesús y los suyos se detienen para descansar. En esta intimidad Él aprovecha para preguntarles: “¿De qué cosa estaban discutiendo por el camino?”. La respuesta es un silencio lleno de temor. Los discípulos, en efecto, saben de qué cosa han hablado, saben que en esa discusión se había manifestado en ellos un deseo y una actitud contrarios a las enseñanzas de Jesús: cada uno había sido tentado de aspirar al primer puesto en la comunidad. Habían rivalizado los unos con los otros, con pretensiones. Por eso prefieren el silencio no sabiendo qué decir y como justificar el desinterés y desatención hacia la enseñanza que Jesús les estaba dando durante el camino; se dan cuenta que sus pensamientos y palabras no son agradables a Jesús, que conoce sus corazones.

Ciertamente Jesús conocía sus pensamientos, sus defectos, debilidades, de la misma forma en que conoce los nuestros. Pienso al dolor, a la decepción que Jesús pudo haber probado frente a la actitud de sus discípulos. Entre nosotros, entre amigos, una indiferencia como esta, sería una ofensa imperdonable.

En cambio el Maestro, no reprocha a los apóstoles, no los rechaza, no los aleja, y tampoco se deprime. Los pone en cambio bajo el juicio de aquel clarísimo y agobiante pensamiento: quien quiere ser el primero sea el último y el siervo de todos. El primado, la autoridad según el Evangelio radica solo en el servicio y el servicio a todos, no a los amigos, a los preferidos solamente.

Jesús no quiere que nadie se “pierda”, por eso cuando vio que entre sus discípulos estaba brotando una semilla de fruto amargo, en este caso la ambición, al notarlo la saca de raíz. Por eso reúne, se sienta en medio de ellos y les responde a sus inquietudes sobre quién o como se es más grande. En la lógica de Dios, la grandeza de un hombre es contraria a nuestros esquemas. No se es más grande que otro ni por el dinero, ni por el éxito, ni por la experiencia. En esta lógica de Dios, se es más grande haciéndose pequeño, y se es primero haciéndose el último y servidor de todos.

¿Quieres ser grande? Hazte siervo de todos... Porque el realmente grande es quien no se sirve del otro, sino lo sirve; quien saluda aun a aquel que no lo saluda; le da aun si no agradece. Pero a nosotros muchas veces sucede todo lo contrario: Nuestra alegría es mandar, obtener, poseer, ser el mejor sobre otros, no cierto ser los siervos. Y por tanto, siervo "de todos" sin límite de grupo, de etnia, sin exclusión, sin preferir los amigos a los lejanos. Esta es la novedad que nos dejó Jesús.

¿Quién es el más grande? Eh aquí el modo magistral de Jesús de gestionar las relaciones y de enseñar sobre la verdadera grandeza: ante todo no los reprocha, no los juzga, no los acusa, no se pierde en críticas o juicios, piensa en cambio a una estrategia para educarlos. Y lo hace con un gesto inusual: un abrazo a un niño, que abre una entera revelación: Dios es así, más que omnipotente omniabrazante. (K. Jaspers).

Jesús, siendo el primero de todos, no se pone al centro a sí mismo, sino al más inerte y desarmado, el más indefenso y sin derechos, el más débil, el más amado, un niño. Proponer el niño como modelo del creyente es hacer entrar en la religión lo inédito. ¿Qué sabe un niño? No sabe de filosofía ni de leyes. Pero conoce como ninguno la confianza. Y agrega: quien lo acoge, me acoge a mí. Da un paso adelante, enorme e increíble: indica al niño como su imagen. ¡Dios como niño!

Jesús pone a los niños como ejemplo y modelo: ustedes que son adultos (grandes), deben ser como niños (pequeños). En esto consiste la humildad, en abajarse, en hacerse chiquitito, y en estimarse poco. Y no solo eso, los niños tienen un alma pura, un corazón sincero, y pensamientos sencillos, en ellos no hay lugar para la envidia o la ambición, no hay en ellos la pretensión de grandeza. Es un signo fuerte, porque para la sociedad de aquel tiempo los niños ocupaban un lugar secundario, y con este gesto de Jesús de poner a un niño en el centro y de abrazarlo con cariño, rompe con los esquemas establecidos. El mensaje viene a significar que Jesús ama y abraza a todos los hombres que sean en sus corazones como niños, que sean humildes y sencillos.

“Quien acoge a uno de estos pequeños me acoge a mí”. Acoger a un niño significa entrar en su mundo, el niño que no se basta a sí mismo y vive solo si es amado; recibe todo y puede dar muy poco; improductivo y sin embargo tranquilo ante el futuro, seguro no de sí, sino de sus padres; fuerte no de su propia fuerza, pero de aquella con la que su propio padre lo levanta en sus brazos. Su debilidad es su fuerza. «Si no se vuelven como niños», si no encuentran el estupor de ser hijos, hijos pequeños que saben llorar que aprenden a reír, hijos cuya fuerza es el Padre, no entrarán en el Reino.

“Quien recibe a los hombres y mujeres que en sus corazones son como niños, reciben a Dios mismo. Y también insiste que quien recibe a Jesús, recibe a quien lo envió, es decir, recibe al Padre.

Frente a la tentación constante de querer ser el primero y ser servido más que servir no nos queda que pedirle al Señor que nos enseñe a ser como un niño, que nos enseñe a servir con generosidad y entrega.

Oremos confiadamente:

Señor, enséñame a ser como niño, a disfrutar de la vida, a jugar y reírme con las cosas pequeñas. Enséñame a confiar y a entregarme del todo sin protegerme para no ser dañado.

Enséñame a mirar con ojos inocentes, a creer en la vida, en los demás, a no hacer cálculos. A fiarme de ti. A ir de tu mano por el camino. A dejarme abrazar como los niños, a recibir amor y caricias porque los necesito.

Enséñame a saber perder el tiempo con cosas no fundamentales, serias e importantes. Enséñame a disfrutar el momento como los niños. Sin temer el futuro. Sin quedarme pensando en lo pasado.

Tú que dijiste: «dejen que los niños se acerquen a Mí», mira con ternura a todas las almas nobles y puras que se acercan como niños a tu muy Compasivo Corazón, fuente de santidad y misericordia que todas juntas alaben siempre Tu Nombre y así sean inspiración para otros.

No te apartes nunca de mi lado ni permitas que pueda apartar mi mirada ni un instante de Ti. Te amo y quiero vivir siempre unido a Ti. Amén.

APÉNDICE

De los sermones de san Máximo de Turín

(Sermón 48, 1-2: CCL 23, 187-188)

Por la humildad se llega al reino; por la sencillez se entra en el cielo Si habéis escuchado con atención la lectura evangélica habréis podido comprender el respeto que se debe a los ministros y sacerdotes de Dios y la humildad con que los mismos clérigos deben prevenirse unos a otros. En efecto,

preguntado el Señor por sus discípulos quién de ellos sería el más grande en el reino de los cielos, acercando a un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: El que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos. De donde deducimos que por la humildad se llega al reino, por la sencillez se entra en el cielo.

Por tanto, quien desee escalar la cima de la divinidad esfuércese por conseguir los abismos de la humildad; quien desee preceder a su hermano en el reino debe antes anticipársele en el amor, como dice el Apóstol: Estimando a los demás más que a uno mismo. Supérole en obsequiosidad, para poder vencerle en santidad. Pues si el hermano no te ha ofendido es acreedor al don de tu amor; y si te hubiere tal vez ofendido, es mayormente acreedor al regalo de tu superación. Esta es efectivamente la quintaesencia del cristianismo: devolver amor por amor y responder con la paciencia a quien nos ofende.

Así pues, quien más paciente fuere en soportar las injurias, más potente será en el reino. Porque al imperio de los cielos no se llega mediante una brillante ejecutoria avalada por la fastuosidad de las riquezas, sino mediante la humildad, la pobreza, la mansedumbre. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! En consecuencia, quien estuviere hinchado de honores y cargado de oro, cual jumento sobrecargado, no conseguirá pasar por el angosto camino del reino. Y en el preciso momento en que crea haber llegado, la puerta estrecha, al no dar cabida a su carga, le impedirá entrar y le obligará a retroceder. La puerta del cielo le resulta al rico tan angosta como estrecha le es al camello el ojo de una aguja. Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos.